

**CARTA DEL P. MANUEL**

*Marcelino de Sylva, Rector del Noviciado de la Compañia de Jesus de Sevilla para los Superiores de la Provincia de Andalucia, sobre la Vida exemplar, y preciosa Muerte del Padre Joseph Rufo, Professo de quatro Votos de la misma Compañia.*



○ sin mortificacion mia; y cierto con estrañeza, y nota agena, he sido por mucho tiempo deudor à la Provincia, que las desea; al publico, que las espera con ansias, y à la edificacion comun, que en ellas se interessa, de las noticias de la Vida, y Virtudes del Padre Joseph Rufo, Professo de nuestra Compañia, que fue sin duda honor de nuestra Provincia, y à quien logrò esta Comunidad tener por muchos años à la vista, gozando mas vivos, como mas cercanos, los brillos singulares de sus exemplos. Pero una edad prolongada por casi un siglo,

A

que

que retira hasta el olvido sus principios, una patria retirada, y donde siendo difícil el comercio de cartas, apenas hay Personas, que tengan de ellos noticia; y un silencio rigoroso, quanto constante, que de sus cosas observò siempre el Padre Joseph, han obligado a no ordinarias diligencias, que consumieron mas tiempo, que yo deseaba; mas sin traerme la luz, que pretendia. Quedame sin embargo el consuelo, de que si no puedo llegar à descubrir todas las de los primeros años de su vida, tendré copiosa materia de virtudes, que referir en los restantes. Digo de virtudes; porque no podrè yo referir del Padre Joseph, ni una serie de empleos de aquellos, que por creerse elevados, se atienden mas; ni un largo curso de ministerios ruidosos, y que suelen andar cercados de los aplausos; ni sucesos estranos, y maravillosos, quales son los que arrebatan las admiraciones. Podria acaso terminar brevissimamente esta Carta, si todos los que la huviesen à las manos, estuviesen versados en las Constituciones, y reglas, que gobiernan el Espiritu de los Jesuitas. Para estos sería elogio suficiente del sugeto de quien escribo,

3

bo, decir, que fue, desde que leyò la  
vez primera, hasta que terminò en el ul-  
timo suspiro la vida, una copia exactissi-  
ma, ni aun en los mas menudos apices  
defectuosa, de las Reglas perfectissimas de  
la Compañia de Jesus. En esta generali-  
dad, yo diria del Padre Joseph Rufo, lo  
que saben, y confiesan del todo innega-  
ble, quantos hay en la Provincia, que  
tuvieron algun tiempo la suerte de vivir  
en un mismo Colegio con el Padre: en  
ella yo afirmaria una heroicidad de virtu-  
des eminentes, y una sublimidad de Re-  
ligiosa perfeccion tan grande, que dexa-  
ria inferiores quantos hyperboles pueden  
idearse. Pero todo este fondo de perfecciõ,  
solo le conciben bien los mui versados en  
el Instituto, y Constituciones de San  
Ignacio nuestro Patriarcha, y que con lar-  
gas meditaciones saben valuar el thesoro  
de Santidad, que contienen nuestras Re-  
glas, y han conocido por larga practica,  
de quan magnanimo esfuerzo necesitan  
para su execucion constante muchas de  
ellas. En elogio tan grande satisfaria si à  
los domesticos: mas los estraños, entre  
quienes en todas partes el Padre Joseph  
Rufo fue tenido en concepto de Santo,

4  
como le llamaban muchos; de hombre  
Espiritualissimo, como le nôbraban otros,  
de varon todo de Dios, y del Cielo, co-  
mo le apellidaron muchos otros, pedi-  
rian otra explicacion, que les hiciesse co-  
nocer en mas clara luz, lo mismo, que  
ellos confusamente concebian, y decla-  
raban en sus expresiones de veneracion  
hàcia el Padre. Para satisfacer, pues, la  
piedad, y expectacion de estos, aunque  
exceda algun tanto los limites de una Car-  
ta, dirè con expresion algo, de lo que  
incluye el Elogio, que he dado al Padre  
Joseph Rufo, con decir fue una Co-  
pia animada de todas nuestras Reglas, pe-  
ro haciendo antes una breve relacion de  
sus empleos, y ocupaciones en la Reli-  
gion.

Nacimiento,  
y Entrada en  
la Compañia.

En la noble Villa de la Higuera,  
junto à Aracena, nació el Padre Joseph Ru-  
fo en 8. de Mayo de 1666. dia consagra-  
do à la Aparicion del Archangel San Mi-  
guèl: disponiendo la Providencia viesse  
en èl la tierra à otro Angel, que lo havia  
de ser siempre en sus costumbres. Fueron  
sus Padres Don Diego Martin Rufo, y  
Doña Maria Vazquez, ambos sugetos de  
mui calificada hidalguia, condecorada,

en

en aquel Pueblo con los empleos mas luf-  
trofos de el , para que fueron muchas ve-  
ces elegidos los de sus familias : bastante-  
mente abastecidos de bienes de fortunas,  
pero mas ricos de virtudes , que los hicie-  
ron respetables à los hombres , y favore-  
cidos del Cielo con numerosa fecundidad  
de muchos hijos. El ultimo de 8. de  
los quales tres fueron varones , y cinco  
hembras , nació nueſtro Joseph , 18. años  
despues de haver nacido el hermano , que  
le precediò , y quando su Madre,  
abanzada ya hasta los 58. años , ni espera-  
ba , ni queria mas hijos : por lo que se  
sonrojaba demafiadamente en su preñez:  
hasta que un Religioso , virtuoso , y gra-  
ve , blandamente la reprehendiò , dicen-  
dole : Y bien , Señora , serà razon , que  
se avergüenze de ser Madre de un hijo,  
que Dios tiene acaso escogido para Santo?  
Ésta razon para el consuelo , escuchada de  
la buena Señora , como anuncio de lo fu-  
turo , serenò su corazon , y la introduxo  
en unas esperanzas , que le eran de singu-  
lar consuelo en las molestias de su em-  
barazo ; y que despues le hicieron  
criar al que esperaba Santo , con amor  
mas tierno , y con mas vigilante solici-  
tud,

7  
ted, que havia practicado con los otros.

**Puericia, y  
Estudios.**

Pasados los primeros años de una puericia agraciada, y nada fastidiosa, le aplicaron à aprender las primeras letras, en que un genio docil, y que ya se manifestaba ageno de aquellas travesuras, è inquietudes, que son comunes, y nada estrañas en la tierna edad, le hizo aprovecharse mucho en breve tiempo: y que mui presto le hallasse su Padre proporcionado à confiarle parte de sus cuidados en la hacienda de campo, de cuyos frutos mantenía su familia. Ya en este tiempo empezaron à brotar las pequeñas semillas de virtud, que mientras aprendía las letras, havia abrazado como mui connaturales à su bello corazon su alma, que como al Sabio, le cupo en suerte buena, y propensa siempre al bien. Aun hay quien sea testigo, de que en esta edad era obedientísimo, sin que jamás se le oyesse ni aun la repugnancia mas leve à lo que se le ordenaba, aunque le fuesse penoso, y de especial trabajo: vigilantísimo en quanto se ponía à su cuidado: enemigo del ocio, y dulce siempre en el trato: pero lo que mas sobrealia en el ajustadísimo Joven,

ven, era una propensio<sup>n</sup> vehemente à las obras de Religion, y culto del Señor. Esta le llevaba à gastar en la Iglesia todos los tiempos, que le dexaba libres la ocupacion de su empleo, y la obediencia de sus mayores. Esta le hacia fidelissimo en varias devociones, que se le prescribiò à culto de la Santissima Virgen, y de Christo nuestro Señor. Esta le obligaba à buscar en los libros espirituales, que podia haver à las manos, el pasto de su devocion. Esta le inspirò un despego de todas las cosas terrenas, mui superior à sus años, y que le hacia hablar de ellas con un horror tal, que aun vive impresso en la memoria de un anciano venerable, quien aun refiere con pasmo la viveza de expresiones, con que este Joven innocente explicaba sus ansias por retirarse del mundo, consagrandose à Dios en el estado Eclesiastico. Huia con ardimiento las culpas, que aun ignoraba, y se recelaba aun de los riesgos, de que havia vivido siempre con largas distancias separado.

Los impulsos vehementes, con que su corazon docil à la gracia, le tiraba à un genero de vida, que libre de toda solitud terrena, se empleasse solo en su Dios,

Inclinacion  
al Estado Ec-  
clesiastico.

à quien ya buscaba en todo, declarados à sus Padres con rendimiento humilde, mas con aquella persuasiva, que es propria de un deseo ardiente, los convencieron à dár gusto à un hijo, tiernamente amado, y à quien nunca pudieron culpar reo de la mas leve amargura, que les huviesse ocasionado. Perorò con energia à favor de nuestro Joseph, la opinion, que se havia merecido con su porte, de singularmente virtuoso, y la esperanza, de que seria un Ecclesiastico exemplar, quien se miraba Joven de una vida irreprehensible; y ambas los resolvieron à tolerar el dolor de ausentarle de su vista, para que pudiesse aplicarse con commodidad mayor, que la que tendria en su Patria, à los Estudios. Dispusieron, que viniesse à esta Ciudad de Sevilla, y le consiguieron Beca en el illustre Colegio de San Miguel, que tiene esta Novilissima Metropolitana. Cumplido el año decimo sexto de su edad, vistió aquella Beca, y con el nuevo traxe, ya segun sus deseos ecclesiastico, se juzgò obligado à mayor aplicacion à las virtudes, y à un conato incansable por aprovechar en Grammatica, y Latinidad, que alli estudiò. Un semblante modestissimo, como

de

Entra en el  
Colegio de S.  
Miguèl.

de un Angel, y una reverencia profunda en todas las funciones de aquel magestuoso Coro, à que asistia, tiraban los ojos, y las inclinaciones afectuosas de todos los que le ocupaban; pero à los domesticos del Colegio obligaba à veneraciones de su Compañero, lo arreglado de su proceder, y lo amable de su genio; y à deseos lo severo de su retiro à su quarto, y la abstraccion, en que le constituyò su solitud en el estudio. En este tiempo recibì los Ordenes menores de mano del celosissimo Prelado D. Jayme de Palafox, con gusto, igual à sus deseos, y con la preparacion, que correspondia à su virtud.

Creciendo esta en el tiempo, que estudiaba la Grammatica Latina en el Colegio, tuvieron tambien aumento los deseos, que ella le inspiraba: porque si antes pretendia solo el estado Ecclesiastico, en que se dedicasse todo à Dios, ya movido con especiales impulsos de la gracia, se encendió en ansias fervorosas de consagrarse en modo mas estrecho, entrando en la Compañia de Jesus, en cuyo instituto creyò tener todos los medios, para conseguir su propria perfeccion, que podia desear; y à mas de estos, muchos para pro-

Vocacion à  
la Compañia,

curar la santificacion, y salvacion de los proximos, à que se sentia inclinado con propension vehemente. Determinado à seguir este Divino llamamiento, faliò del Colegio de San Miguel, no sin sentimiento de sus Compañeros, que perdian sus exemplos, y su trato amabilissimo; y de la Casa secular, donde fixò su morada, no distante de nuestro Colegio de San Hermenegildo, empezó à oir el Curso de Philosophia, y declarò à su Maestro sus deseos, y pretension. Bien claramente se conociò desde luego, que era Dios el que los inspiraba; no menos por la solidez de las razones, que proponia el Pretendiente, que por la conducta exemplarissima de vida, que observaba, y con que se manifestaba igualmente digno de su cumplimiento, que dispuesto à emprender toda la alta perfeccion del estado, porque suspiraba. Amante de un retiro estrechissimo, solo se dexaba ver, ò en la Iglesia de nuestro Colegio, encendiendo al pie de los Altares su voluntad; ò en nuestras aulas, ilustrando su mente con las lecciones, que escuchaba atentissimo, y con el empeño de dàr de sí un especimen, que facilitasse su admision. Pudiera haverla conseguido  
con

con presteza , mas juzgandolo conveniente su Maestro , quiso que acabasse de oír la Philosophia , y entrasse , aprobados ya sus talentos , para las facultades mayores con el Examen de ella : y con efecto así se executò ; y admitido con gusto de los Superiores , que conocian los talentos , y virtud , que le formaban recibo de un Carácter superior , y con júbilo incomparable de su espíritu , que llegaba ya al centro de sus anhelos , se vino à este Noviciado en Junio de 1689. teniendo ya 23. años de edad.

Aunque no pueden declararse bastantemente , con poca reflexion , que se haga , à lo que he dicho hasta aqui , se colige , quan intensos fueron los conatos , con que en este Domicilio proprio de la Santidad , se entregò à la practica de todas las virtudes , pretendiendo en todas la heroicidad , y perfeccion mas sublime , nuestro Novicio. Aqui perficionò al modelo exactissimo de nuestras Reglas , la modestia Angelical , que aun en el siglo le hizo igualmente objeto de las veneraciones , que del cariño de quantos le miraban : y la gravò tan profundamente en su corazon , que en toda su larga edad ja-

Su Noviciado.

más se le notò accion menos decbrosa , ni mirada menos compuesta. El más atildado Novicio podria confundirse al observar en estos ultimos años de una ancianidad respetable, los ojos del Padre Joseph Rufo, fixos siempre en el suelo, sin que se le observasse aun una vez, mirar al rostro firmemente à alguno, aun de los Domesticos; y mucho menos de los externos. Creo, que puedan decir muchos, lo que yo: que aun andando con cuidado, no supe el color de sus pupilas, hasta, que el ultimo parasismo de la muerte se las hizo descubrir, ya sin luz de vida. Igualmente compuestas eran las demás acciones. Aqui se entregò todo al trato intimo con su Dios; no solo mirandole continuamente presente en todas sus distribuciones; sino suspirando ansiosamente por los ratos libres de otra ocupacion, para gastarlos en la presencia del Señor Sacramentado en la Capilla interior, donde su profundissima reverencia, y atencion le tenían casi inmoble, y extatico. Aqui diò principio à una penitencia asperissima, à una humildad, y desprecio de sí mismo, maravilloso, à una mortificacion rigidissima de todas sus pasiones; y

para

13  
para concluir en breve, aqui se hizo respetar aun desde los primeros dias de su Noviciado, como una idea acabadissima de Religiosa perfeccion. A esta causa no se debe estrañar, que desde entonces le diessen el renombre de Santo, que lo continuaron siempre sus Contemporaneos, y en quantas partes viviò despues, lo hizo comun à los que le conocieron su porte exemplarissimo.

A què grado de virtud llegasse en los dos años de su probacion, el que con tan generosos impetus, y constante magnanimidad se entregò todo à los delicados apices, que se prescriben à nuestros Jovenes, no puede concebirse con suficiente claridad: sus Compañeros, linceos en los mas menudos, en la constante experiencia, de que ninguno se le passaba, le juzgaban un modelo de observancia; mas los Superiores, arbitros de su corazon, è informados del interior espiritu, que animaba todas sus acciones, llenos de edificacion, y augurando para lo futuro una Santidad portentosa, cumplido ya su bienio del Noviciado, le admitieron à los Votos Religiosos, que hizo con devocion tiernissima en dia primero de Julio de

1691. celebrando en la antigua Iglesia su Rector, Maestro de Novicios, y grande apreciador el Padre Juan de Zañartu.

Sus Estudios  
en Cambrona,  
y Granada.

De esta Casa pasó al Colegio de Cambrona, para reformarse allí en la Rhetorica, y Poetica, y al año fue embiado à nuestro Gran Colegio de Granada, para estudiar la Theologia. Oyòla con acreditados progressos, que le proporcionaron al Grado Supremo de nuestra Religion, para que desde entonces quedò aprobado. Como su virtuoso proceder se fundaba sobre las maximas mas solidas de perfeccion, profundamente arraigadas en su corazon, no solo se mantuvo en el tiempo de los Estudios, sin el menor indicio de decadencia; sino creció de tal modo, que la juventud numerosa, que tuvo la suerte de concurrir con el Hermano Joseph, le veneraba, como à exemplar, en que veia brillar la observancia mas exacta, y donde admiraba la exactitud, y fervores de un Novicio el mas atildado.

Sus Ordenes,  
y primeros  
ministerios.

Concluidos con credito sus estudios, se ordenò primero de Subdiacono por el Señor Don Martin de Azcargota, dignissimo Arzobispo de Granada, en 22. de Septiembre de 1696. de Diacono en

Gua-

11

Guardó por el Ilustrísimo Señor Don Fr.  
Pedro de Palacios, en 22. de Diciembre  
del mismo año; y en dos de Marzo del si-  
guiente, por el Señor Azcargota en Al-  
hendin de Sacerdote. Con este carácter  
nuevo se juzgó nuevamente obligado á  
mayores fervores, y desde luego los ma-  
nifestó, aplicandose con incansable teson  
al ministerio de oír Confesiones, á la as-  
sistencia de enfermos moribundos, al con-  
suelo de los pobres en los Hospitales, y  
al alivio de los presos en las Carceles. En  
la dulzura de su genio, para todos sobre-  
manera afable, todos experimentaban  
atractivos eficacísimos para aficionarsele,  
y buscarle: y en el espíritu, con que los ex-  
hortaba, y persuadía al bien, sentían im-  
pulsos poderosísimos, que les forzaban á  
venerarle como á Santo: y ambas cosas  
juntas fueron causa, de que muy desde los  
principios concurriessen en gran numero  
al Padre Joseph los Penitentes, para el de-  
sahogo de sus conciencias, y le buscassen  
para su direccion muchísimos, que en  
su proceder arreglado á toda virtud, la  
acreditaban; seguros indices de su acier-  
to en ella. Tales fueron las primicias del  
Apostolico zelo del Padre Joseph en el  
año

año primero de su Sacerdocio, que pasó parte en Granada, y parte en nuestra Casa Professa de Sevilla.

¶ Pero al siguiente de 1698. tuvo su charidad nuevo empleo, y principio su Magisterio de letras humanas en nuestro Colegio de Ubeda, que ilustrò tambien con sus exemplos, y acreditò con sus fervores en la practica misma de los ministerios de la salud de los proximos. Era exactissimo en la enseñanza de sus Discipulos Jovenes, no solo en las letras, que professaban, sino tambien en los principios de la vida Christiana, que les inspiraba con eficacia, y à que con efecto los persuadiò de modo, que los dias, que vacaban del Estudio, acudian, como si lo huviesse, al Colegio, assi por oír à su amabilissimo Maestro sus utiles consejos, como por confessar, y comulgar en nuestra Iglesia, con no menos devocion propria, que edificacion de quantos à ella concurrían. Hacia se admirar en todos la reverencia, y compostura devota, en que se miraba retratada, como en pequeños trassumptos, la modestissima de su Maestro, que les asistia con recreo, y gozo de Espiritu. Amabanle con

Maestro en  
Ubeda.

ternura, como à Padre; reverenciabanle con singular respeto como à Santo, y alabandole en sus casas por la dulzura del genio, y por lo exemplar de su virtud, movieron, para que le buscassen, para confesarse, à un concurso numerofo de personas deseosas de aprovecharse. Pero tuvo este mui crecido aumento, luego que le oyeron desde el Pulpito los Moradores de aquella Ciudad. Sus assumptos en él eran siempre de las verdades de nuestra Religion, mas poderosas à convencer pecadores. Un espíritu grande al proponerlas, una energia triumphadora al ponderarlas; una voz corpulenta, accion viva, y expresion clara, y en que solo se procuraba la eficacia, para mover los corazones, le hicieron ser mirado como un Misionero fervorosissimo, y seguido siempre con ansia, y nunca oido sin fruto. De aqui nació, el que cogia el Padre en el Confessionario, en que le buscaban tantos, que para satisfacer à todos, apenas le bastaba el tiempo libre de su Classe.

Guftoso estaba el Padre Joseph en Ubeda en estos exercicios de su zelo; mas los Superiores le sacaron de ella, para dar-

En Cadiz

le en la Ciudad de Cadiz mas numeroso concurso de Discipulos, y esphera mas dilatada à sus fervores. Passò con el mismo empleo à esta nobilissima Ciudad, y como la luz donde quiera, que vâ, hace ver sus rayos, el Padre mui luego hizo se notassen de sus Discipulos sus virtudes. La santidad de sus palabras los atraia: su dulzura los enamoraba de su trato, y la frecuencia en èl, no solo les aumentaba la veneracion, y el amor, sino tambien les hizo notar aun las virtudes, que el Padre mas dissimulaba. Hay alguno de los que alli tuvieron la fortuna de tenerle por Maestro, sugeto de Character mas authorizado, que con sentimientos de ternura refiere, aun despues de tantos años, que en lo penoso, y tardo de sus movimientos manifestaba el Padre Joseph entonces lo horroroso, y continuo de sus cilicios; y que sabian todos, que una Tribuna de aquella Iglesia era el sitio, en que diariamente executaba en si mismo un crudo Martyrio en rigidissimas disciplinas, cuyos golpes se percebian aun desde la Plazuela fuera de la Iglesia. Enseñados con solitud, y desvelo infatigable, aprovechaban grandemente en las

letras; pero aún mas se adelantaban sus Discipulos en las virtudes, profundamente penetrados de altísimo concepto de la Santidad de su Maestro, y atraídos de sus exemplos, y exhortaciones. Ni fue inferior la opinion, que se conciliò con los sujetos de mayor edad, que le oyeron desde el Pulpito declamar contra los vicios, ò le experimentaron en el Confesionario, operario diestrísimo en desarraigando pecados, y fomentando con prudentísimo fervor virtudes. Todos le tenían por un varón iluminado: todos le veneraban, como à Ministro del Señor, espiritualísimo, y utilísimo, y todos le buscaban con tanto empeño en tratarle, que ya no eran su mayor trabajo los desvelos de Maestro, sino empleos de Director de las conciencias, apetecido de todos, por fructuoso para todos.

La experiencia, de que el Padre Joseph mejoraba à quantos se le acercaban, persuadiò à los Superiores à que le destinassen à nuestro Colegio de Carmona, por Ministro de él, con el fin, de que tan acreditada virtud, y genio tan universalmente amable, mantuviesse en los fervores concebidos en el Noviciado à nuestros

Jovenes, que desde el passan à dar principio à sus estudios en aquel Colegio. Esta disposicion causò à los Gaditanos un sentimiento universal; pero intensissimo en los que le tenian por Maestro. Lloraban la pérdida, que hacian de su suavissimo Padre; se quexaban à gritos, de que les quitassen su *Maestro Santo*, y con una resolucion mui superior à su edad; pero indicio de la vehemencia, con que le amaban, juntos resolvieron escribir al Padre Provincial, para suplicarle desistiese de una providencia, que les era fuente de tanto dolor, y tantas lagrymas. La deliberacion de estos Jovenes, confetada por sugeto, que fue uno de su numero, es acaso la prueba mas relevante del merito del Padre Joseph Rufo, y del aprecio, en que estaba.

Ministro de  
Carmona.

Ministro del Colegio de Carmona, al mismo tiempo cumplió con las obligaciones de este empleo, con aquella exactitud, que siempre fue el carácter de sus obras. Charitativo hasta el extremo con sus subditos, velaba solcito para quanto les podia ser de algun alivio: zeloso de la mas rigida observancia la promovia con dulzura en los consejos, y exhortaciones,

que

que à las ocasiones prudentemente hacia à los Jovenes, que se le havian encomendado; siempre igual para con todos, era de todos obedecido con amor, y amado con ternura; y si tal vez era preciso avisar de algun leve defecto à alguno, lo hacia con tal arte, que sin dar motivo de sentimiento, se remediaba la falta, quedando con agradecimiento el que la havia cometido, y con mas segura confianza para con el Padre, en quien la emmienda del defecto borraba tan del todo su memoria, que jamàs se conociò le volviese à la imaginacion. Este porte con ellos, y el vivo Magisterio de su exemplo, hizo se conservassen nuestros Estudiantes en Carmona, tan observantes como Novicios, aun quando mas atareados sobre sus libros.

No durò mucho tiempo en este empleo, porque apto para todos, y siempre dispuesto à obedecer, sin voz para la mas leve muestra de repugnancia, à lo que se le ordenaba; para todo le hallaban los Superiores. Encomendaronle estos el gobierno, y la administracion de los caudales de nuestra Residencia; en aquel tiempo, de la Higuera junto à Frexenal. Acep-

Superior de  
la Higuera.

tò el cargo , à que ciertamente era contraria su inclinacion à vivir gobernado por otros, y obedeciendo, y le cumplió con la misma perfeccion, que todos. Gobernò à sus subditos con el exemplo en el trabajo , y observancia ; y los desvelos charitativos en proveerlos largamente de quanto necesitaban para su alivio. Superior à todos , à ninguno se preferia ; y solo se juzgaba el primero para las tareas de ministerios. En estos trabajò mucho : y pasma el ver entre los papeles de sus Sermones Morales , y Platicas, la multitud , que hizo en esta Villa, en el corto tiempo de su Oficio: todas tan espirituales , todas tan afectuosas , y eficaces, que solo ver alguna seria bastante indicio de su espiritu , y eficaz argumento para colegir el fruto , que hizo en aquella poblacion, en que la natural bondad de los genios es disposicion mui congrua para todas las impresiones de piedad. Hizolas grandísimas : cogió à manos llenas el fruto de sus trabajos , y se mereció veneraciones , que aun duran en los que le alcanzaron en este Oficio.

Haviendole concluido , fue señalado à nuestro Colegio de Trigueros. Esta Villa,

lla, que havia experimentado los efectos de la Guerra, que hubo por aquellos tiempos con Portugal, y donde havia hecho assiento la pobreza, y la miseria, abrió un theatro grande al zelo charitativo del Padre, que desde que llegó à ella, se manifestó mui Padre de todos los infelices. En él hallaban socorros de su necesidad, no solo mendigando el Padre, lo que havia de repartir, para subvenir à ella, sino privandose aun de su pobre sustento, y quitando de su boca, lo que havia de dár. El los consolaba; y animaba en sus trabajos; los exhortaba à la frecuencia de Sacramentos, los confessaba con una constancia, y paciencia pasmosa, enseñaba à los pequenuelos la doctrina Christiana, y con santos consejos procuraba inclinarlos à la devocion. Todos acudían al Padre Joseph, y todos siempre le hallaban con un semblante siempre apacible, y una dulzura, que los encantaba, y hacia aumentar mas su confianza, para recurrir con todo à él. Un proceder tal, assi como le concilio mui desde los principios las veneraciones comunes: y le atraxo una continua ocupacion, que apenas le dexaba momento libre en todo el dia;

assi

77  
asi tambien le puso en estado de hacer  
fruto copiosissimo. Escuchabanle como à  
un hombre todo de Dios : respetaban , y  
admitian sus exhortaciones ; se juzgaban  
obligados à poner en practica quanto les  
aconsejaba , y como no perdia ninguna  
oportunidad de hacer bien , fueron innume-  
rab'es las almas , que mejorò , con visi-  
bles aumentos de piedad , que eran otros  
tantos pregones del zelo Apostolico de es-  
te fervorosissimo Jesuita. Puede con ver-  
dad decirse , que todo el tiempo , que estu-  
vo el Padre en Trigueros , tuvo una uti-  
lissima Mision. Pero para que el fruto de  
sus trabajos à gloria de Dios , fuesse más  
copioso , y se extendiesse à mas , corrió en  
fervorosa Mision mas de una vez todos  
los lugares , y poblaciones del Condado  
de Niebla , dexando en todos por efecto  
de su trabajo la reformation de las cos-  
tumbres en muchissimos , que la necesi-  
taban ; y solidos aumentos de piedad en  
otros ; y al mismo tiempo ansiosos deseos  
de aprovecharse de la cercania en que es-  
taba , quien los havia tan utilmente  
commovido , y persuadido al bien. Y de  
aqui nació el que de todos los contornos  
yiniessen con frecuencia en mui crecido

numero à confessarse con el Padre los dias que vacaban de su ocupacion, personas de ambos sexos, y de todas classes: andando à veces muchas leguas, por lograr el consuelo, que experimentaban sus almas con su fervorosa direccion.

La Providencia Divina ofreciò al Padre Joseph el año 1709. una ocasion oportunissima de aumentar sus laboriosissimas tarèas hasta un afan continuado por mucho tiempo, que solo pudieron haver suportado las fuerzas de su espiritu, y los alientos de su charidad. Las enfermedades, que aquel año calamitoso fueron azote comun de toda la Andalucia, hirieron mui de lleno la Villa de Trigueros. No havia casa, en que no fuessen los enfermos muchos, y todos de gran riesgo. Sujetos à los mismos males los Eclesiasticos, y Religiosos, no podian asistirles al morir, ni disponerlos con los Sacramentos, para la partida à la eternidad, à que estaban mui cercanos. En muchos era nueva miseria la falta del sustento, y de las medicinas. No falcaron casas, en que postradas à un mismo tiempo todas las personas à la violencia del mal, todas quedaban sin socorro de enfermero, que

les asistiessse. Todo era un espectáculo  
 tristissimo. El P. Joseph se dedicò del todo  
 al remedio de tantos males, con un teson  
 incásable, y con unas difusiones de chari-  
 dad tan universal, que à todos los necesi-  
 tados alcanzò, à todos los males atendió,  
 ninguno dexò de experimentar los efectos  
 beneficos de su còpasiivo corazon. Antes,  
 que amaneciessse, decia Missa con summa  
 devocion, y magestuosa pausa, dandole  
 solo para esta accion de Religion, con li-  
 beralidad el tiempo las fogosidades acti-  
 vas de su espiritu vigilantissimo: y des-  
 pues de dar las gracias con el mismo espa-  
 cio, con un recogimiento extatico, salia  
 del Colegio à visitar uno por uno los en-  
 ferros, à confessar los que havian de re-  
 cebir el Santissimo Viatico, à auxiliar los  
 que reconocia cercanos à su fin, à disponer  
 se les furtiessse de medicamentos, y se les  
 diesssen con efecto, à los que no los tenian,  
 à llevar el sustento, que se les debia dar,  
 à los que carecian de el, pidiendo por  
 amor de Dios en unas casas, lo que havia  
 de repartir en otras, y en muchissimas  
 sirviendolo el mismo Padre à los enfer-  
 mos, alentandolos à tomarle, à pesar de  
 su inapetencia, con una ternura, de que

podria aprender la Madre mas cariñosa,  
suavidades; y entretanto afervorizandolos  
con platicas tan espirituales, y fervoro-  
sas, que en muchos hacia se mezclassen  
las lagrymas, que les obligaba à detra-  
mar la devocion, cõ el alimento, que pos-  
trado de rodillas les servia aquel hombre  
abrasado de charidad seraphica, que era  
todo el consuelo, que les havia dexado  
en su miseria extrema la Providencia Di-  
vina. Afsi gastaba el tiempo de la maña-  
na, hasta el medio dia, en que volvia al  
Colegio, no à comer, sino à tomar su co-  
mida, que desde el principio de la epide-  
mia pidió licencia al Superior, para em-  
plearla en el mas necesitado enfermo, y  
llevarfela por si mismo, como con efec-  
to lo hacia; y continuando despues sus vi-  
sitas hasta la noche. Entrada ya esta, si no  
havia algun moriburdo, que le obligasse  
à quedar se en su asistencia, lleno del su-  
dor, que le havia sacado la fatiga, no in-  
terrumpida de todo el dia, se recogia al  
Colegio, y como si no necesitasse de des-  
canso alguno, quien tanto havia trabaja-  
do, empezaba un trabajo nuevo. Juzga-  
ba debia luchar piadosamente con Dios  
hasta la Aurora, el que havia desde ella

Servidole tan fervorosamente en los pro-  
 ximos. Encerrado en su pobre Apocen-  
 tillo, daba largas las velas à su espíritu:  
 postrado en la tierra, que regaban sus ojos  
 con copiosas avenidas de lagrymas, cla-  
 maba en suspiros continuos al Señor, pa-  
 ra que apartasse de aquel pueblo afligido  
 los rigores de su ira, y suspendiesse los  
 golpes, con que lo castigaba. Poco pa-  
 recia al corazon compasivo del Padre Jo-  
 seph Rufo, ofrecer sus suspiros, y sus la-  
 grymas, por ablandar para el comun ali-  
 vio los Cielos, si no lo pedia tambien con  
 las voces de su sangre: à este fin, desnu-  
 dandose de las cadenas de cilicio, que es-  
 trechamente ceñidas à su cuerpo, y bra-  
 zos le havian martyrizado todo el dia en  
 silencio; en el mas profundo de la media  
 noche, dando el valor de su espíritu  
 aliento à sus debilitadas fuerzas, heria sus  
 espaldas lastimadas con tanto rigor, que  
 à los primeros golpes se desataban sus ve-  
 nas, y con tanta continuacion, como si  
 no hiriesse sus ligas, sino à algun cuer-  
 po de bronce. De la continuacion de sus  
 cilicios en este tiempo, fueron testigos  
 muchos, que oy deponen, que no los pu-  
 do ocultar, aun con su valiente disimulo

el Padre Joseph, de modo, que el verle no obligasse, casi à quantos le miraban, à muy profunda compasión. Muy à su pesar le declaraban martyr de penitencia la mas ruda todos sus penosos movimientos. Pero de los rigores nocturnos, con que se prolongaba el tormento, y le acrecentaba, dispuso la Providencia pudiesen hacer nos la deposicion mas segura algunos, que passando à deshoras por la calle, à que tenia ventanas el aposento del Padre, al estruendo de los golpes, con que se ensangrentaba, primero se llenaron de horror; mas recobrados algun tanto, despues se acercaron hasta perceber, y reconocer con claridad las voces, con que el Penitentissimo Padre clamaba al Cielo por el remedio de la affliccion comun en suspiros, que eran breve pausa de su severidad. Ni faltò de estos alguno, que buscando ocasion de entrar despues en el aposento del Padre, notasse con curiosidad la sangre fresca, derramada en larga copia, que certificasse à sus ojos, lo que havia percebido con estupor por sus oidos. Pero de esto aun habremos de decir mas en adelante. Por mas de quatro meses durò en su fuerza la enfermedad epidemica, y en todos ellos

ellos se continuò sin un momento de sosiego libre el afan charitativo del Padre Joseph Rufo ; murieron muchos ; pero todos confessados , y asistidos por él en los ultimos preciosos instantes de la vida. Enfermaron casi todos ; mas ninguno dexò de ser asistido , visitado muchas veces , y edificado otras tantas con las exhortaciones de su charitativo Padre , y solícito enfermero. Ni el mucho empleò , que tenia en las casas particulares de toda la Villa le dispensò del cuidado del Hospital , y la Carcel , donde quanto era mayor la miseria , tanto lució mas compasiua su misericordia. Si todas las demás pruebas nos faltassen ; solo el constante resòn de la distribucion de estos quatro meses seria convincente argumento , para persuadir , que la virtud de este Apostolico Jesuita se havia remontado al grado mas sublime de la heroicidad , y le havia hecho digno de ocupar mui distinguido lugar entre los Varones ilustres de la Compañia , famosos por las proezas de su zelo en beneficio de los Proximos.

De esta charidad incansable , y superior à todas las fatigas , y de este trabajo tan universalmente util , fueron efectos

connaturales una altissima reputacion de  
 Santo, que todos concibieron del Padre,  
 ò en que todos se confirmaron; y un amor  
 tiernissimo, con que le miraban como à  
 un Angel, que Dios les havia dado para  
 su consuelo, para su instruccion, y para  
 su remedio en todas sus miserias. Y el  
 mismo Padre sin pretenderlo afianzaba  
 cada dia mas aquel concepto, y este cariño  
 con sus acciones todas dirigidas à la utili-  
 dad publica de la Villa, y particular de  
 todas las classes de gentes, que la compo-  
 nen. Todo el tiempo, que estuvo en Tri-  
 gueros el Padre Joseph, cuidò de una  
 Congregacion sita en nuestra Iglesia, con  
 la advocacion de la Purissima Concep-  
 cion de nuestra Señora. La devocion acti-  
 va del Padre la aumentò de modo, que ya  
 no parecia junta de algunas personas de  
 la poblacion, sino Congresso universal de  
 todas: Tan numerosos eran los concursos,  
 que atraxo todos los dias de fiesta, que  
 hacian parecer estrecho el Templo capa-  
 cissimo, que no bastaba para tantos. Ele-  
 no de Dios salia à él el Padre, precedia-  
 les, y dirigia à todos en las preces à honor  
 de la Soberana Reina, y culto del Señor  
 Sacramentado, llenando à todos de devo-

ción la reverencia Religiosísima, la aten-  
 ción extatica, y aun el tono de voz afec-  
 tuosísimo, con que las hacia su Prefecto:  
 quien haviendolas concluido subia al Pul-  
 pito, y hacia una Platica fervorosísima,  
 siempre de alguna de aquellas maximas  
 de nuestra Fè, que son de mayor eficacia  
 para commover los corazones con el te-  
 mor Santo de Dios, imprimir en ellos pro-  
 fundo horror à las culpas, è inspirar apre-  
 cio de la virtud, y deseos de la felicidad  
 eterna. Intimamente penetrado de la efi-  
 cacia de estas verdades por su meditacion  
 continua, las ponderaba con voces tan  
 expresivas, y con tanto espíritu, y con  
 tal viveza de afectos, que no havia cora-  
 zon tan duro, que no se convencièsse, y  
 ablandasse. El fin de la platica, siempre  
 era un acto de contricion fervorosísimo;  
 y los elogios del Predicador, las lagrymas  
 copiosísimas, que hacia derramar à los  
 oyentes. El fruto, la reforma de las cos-  
 tumbres, y la frecuencia de los Sacramen-  
 tos de la confesion, y Eucharistia, que  
 llegò à ser tãta todos los dias de fiesta, co-  
 mo si huviesse algun grande Jubilèo. Fue-  
 ron muchísimas las almas, que ganò para  
 Dios por este medio. Ni debo omitir, que

à este zelo del Padre Joseph se debe la prác-  
 tica sin duda edificativa, que aun dura  
 oy en Trigueros, y el Padre persuadiò à  
 toda la gente trabajadora, de oír Missa  
 todos los dias, antes de salir à sus labores,  
 y determinar estas, rezando el Rosario por  
 la noche, antes de recogerse à su casa.  
 Tampoco debo passar en silencio la solici-  
 tud, que el Padre tuvo en la enseñanza de  
 la Doctrina Christiana. Todos los dias una  
 hora antes de darse en nuestra puerta la  
 limosna, se baxaba à ella, y mui de espa-  
 cio la enseñaba à los chiquitos, y al mis-  
 mo tiempo con fervientes exhortaciones,  
 y palabras llenas de espíritu de charidad,  
 consolaba à los grandes en sus aflicciones,  
 y pobreza, encomendandoles el temor  
 Santo de Dios. Baxaba todos los dias tam-  
 bien à la Escuela de los niños, y se recrea-  
 ba en enseñarles las Oraciones, y con do-  
 necillos, que buscaba para atraerlos, los  
 excitaba, y premiaba à los mas aprove-  
 chados. Pero à los mayorcitos tenia feña-  
 lada hora, en que subiesfen à su Aposento,  
 y alli los instruia mui de espacio en el mo-  
 do de ayudar Missa, y la reverencia  
 con que en ella debian estàr, ganán-  
 doles el corazon con el bello modo

de tratarlos , y la suavidad de sus confes-  
jos.

La grande fama de santidad , que con estos exercicios, y tenor de vida Apostolica se havia grangeado el Padre Joseph Rufo , no pudiendose contener en los cortos terminos de el Condado , penetrò hasta la Corte , y llegò à los Excelentisimos Señores Duques de Medina-Sydonia , que gozofos de tener en Lugares de su Señorio Varon tan esclarecido , le juzgaron dignissimo de sus confianzas , y así fiaron à su conducta , quanto ocurría de cuidado , y grayedad , no solo en Trigueros , sino tambien en los demàs Lugares de su Jurisdiccion , y Dominio. Aun todavia se refiere como cosa extraordinaria , lo que sucediò el año 1713. Haviendo discordado notablemente entre sí los Informes , y Votos , que para la eleccion de Regidores , y Alcaldes , para el de 1714. remitiò la Villa à sus Excelentisimos Dueños , no pudiendo estos Señores hallar en ellos luz , que los assegurasse del acierto , por reconocerse en todos passiones , y empeños , arbitraron un medio , indice manifesto del alto concepto , que tenian formado de la rectitud,

tud, justificacion, y prudencia del Padre Joseph: remitieronle los Votos, pidiendo al Padre, que por si mismo eligiesse los que le pareciesen mas aptos para cada uno de los empleos, que debian proveerse: y condescendiendo el Padre con los deseos de sus Excelencias, hizo la nominacion de todos, que aprobaron, y con sola la noticia, de que era la eleccion del Padre, se terminaron las emulaciones, se convinieron los diferentes partidos, se depusieron las pretensiones, aceptando gustosissimos todos los de la Villa, y del Pueblo, lo que juzgaba convenir el Padre, à quien tanto veneraban. Pero lo mas digno de notarse es, que los sugetos elegidos exercieron sus empleos con tal justificacion, desinterès, y zelo del bien publico, que en todo el año no hubo la mas leve quexa, siendo aun oy publica voz, que jamàs hubo elecciones mas utiles al publico, ni año de mas feliz gobierno.

Aunque el Padre estaba gustoso en este pobre theatro de su Apostolico zelo, sin aspirar à otra cosa, que à trabajar cada dia mas en el; los Superiores de nue-

Señalado a  
Noviciado.

tra Provincia determinaron traerle à esta Casa de nuestro Noviciado, para que los exemplos de su fervoroso espíritu fuesen estímulos para la santidad à nuestros Jóvenes. Apenas se supo esta disposición, quando empezaron à tumultuar, agitados de su dolor, no solo los Moradores de Trigueros, sino los de todos los otros Pueblos del contorno. Lloraban todos, como una infelicidad sensibilibsima, la ausencia de su santo Padre: hacia cada uno, para exagerar lo justificado de su pena, el largo catalogo de los beneficios, que de él havian recebido. La Villa interesada, y utilizada igualmente, que los particulares, se juntò, y por votos unanimes decretaron todos hacer recurso al Padre Provincial, alegandole, quanto les dictaba su amor, y aprecio del Padre Joseph, para conseguir no se les diese un golpe, que heria tan gravemente los corazones de tantos. Lo mismo decretò, y executò el numeroso respetable Clero. Y sus representaciones lograron por entonces detener al Padre, siendo tan extraordinarios los jubilos, con que unos à otros se daban los parabienes de su permanencia, quanto havian sido dolorosos los suspiros, à que les obligò.

obligò su intentada ausencia; mas pasado poco mas de un año, fue preciso tuviese efecto la ausencia del Padre, no pudiendo (aunque con sentimiento muy vivo) condescender el Padre Provincial con las reiteradas instancias, que los mismos dos cuerpos respetables de Villa, y Clezole hicieron, para retenerle. Quería ya Dios dar à esta Casa este exemplar exactísimo de Religiosidad, y prevenir à muchísimas otras almas un Operario utilísimo de su salud.

Señalado por Director, para los que en este Noviciado hacen los Exercicios Espirituales de Nuestro Patriarca Santísimo San Ignacio, vino à él con grande júbilo de su humilde corazón, que en las veneraciones, que se tributaban los Pueblos del Condado de Niebla, padecía violencia tan penosa, quanto era grande su deseo de ser desconocido de todos, y de ninguno estimado, ò alabado. El retiro de esta Casa se le figuraba un Paraíso de delicias suavísimas; congeniaba à su proceder Religiosísimo, la exactitud rigida, con que en ella se observan los apices mas menudos de la perfeccion; su silencio inviolable daba commodidad, y

Viene a Director de Exercitantes.

su oficio bastante tiempo, que emplear en la Oracion, y trato intimo con Dios: y el concurso numerosissimo de Seculares, y Ecclesiasticos, que todos los años vienen à ella à vacar en esta soledad sagrada, unicamente al negocio importantissimo de su salvacion, daban à su zelo del bien de las almas esfera bastantemente dilatada, para exercitarse con mucha gloria del Señor. No creo posible, aun à la mayor sollicitud, hacer una exacta descripcion de los esmeros, con que por el largo espacio de 34. años exerció este empleo; de lo que en el trabajo; y de las utilidades, que se siguieron de sus fatigas, è incansable aplicacion. De todas estas cosas solo pueden hacer algun concepto, los que tuvieron la dicha de ser testigos oculares; mas ninguno relacion adecuada. Era vigilantissimo, y atentissimo à proveer à los que hacian los Exercicios, de todo quanto les era necessario, para que estuvieffen commodamente en habitacion, y alimento. Summamente diestro en ganar los corazones con la dulzura de su trato amable, y candidissimo, los consolaba en sus afficciones internas; los dirigia en sus perplexidades, los alentaba en

sus sequedades de espíritu, los dirigia en  
 sus dudas; y aun à los menos exercitados  
 en la practica de la meditacion, instruia  
 con tanta destreza, que les hacia facil es-  
 te Santo emplèò. Dificultoso serà de deci-  
 dir, qual aya sido mas eminente en el Padre  
 Joseph Rufo, si la suavidad en el modo,  
 ò la libertad integerrima, con que exigia  
 el debido recogimiento, y puntualidad  
 en las distribuciones. Ni aun à las personas  
 de mayor caracter, dissimulaba cosa al-  
 guna, que le pareciesse falta, aun levissi-  
 ma: pero advirtiendolas con claridad, ja-  
 màs daba ofension. Sabian todos, que  
 havia de censurar con severidad, inflexi-  
 ble por algun respeto humano, qualquie-  
 ra defecto, pero le veneraban con amor  
 reverente, quando los reprehendia. En  
 platicar los puntos de las Meditaciones  
 era fervorosissimo; aun quando solos le  
 escuchaban Prelados Ilustrissimos, y otras  
 personas de Caracter authorizado, los pro-  
 ponía con tanta energia, q̄ bien manifes-  
 taba estàr su espíritu arrebatado del todo de  
 la fuerza de la verdad, que ponderaba. Pero  
 quando daba los exercicios en concursos  
 numerosos de Ecclesiasticos, que se prepar-  
 aban para los Ordenes Sagrados, lo

hacia con tanta vehemencia de espíritu, con tanta valentia de expresiones, con tal encendimiento de afectos, que no podían dexar de confesar, que hablaba Dios por sus labios; ni resistirse à entrar en los mismos sentimientos, de que estaba tan penetrado, y que les inspiraba tan poderosamente su Santo Director. Al trabajo de estas exhortaciones comunes, añadía el Padre Joseph el de las instrucciones particulares, que à cada uno daba separadamente, segun las disposiciones internas de sus corazones, y necesidades de sus conciencias: siendo el fruto, no solo el purificar sus almas con las confesiones generales, que el Padre oía con summa charidad, sino tambien el resolverse à un tenor de vida, arreglada à las obligaciones de tan sublime estado, y establecerse solidamente en maximas capaces de mantenerle con constancia, y aumentarle en mucha perfeccion. Quanta aya sido la utilidad, que al estado Eclesiastico de este Arzobispado extensísimo se ha seguido de este ministerio Apostolico del Padre Rufo, exercitado por tantos años, lo vean los muchos reformadísimos Sacerdotes, que animan con sus exemplos todas

das las Ciudades, y Villas, que le com-  
 pñen, y en quienes es suavissima la me-  
 moria de su Director, al qual jamàs nom-  
 bran sin elogio, siendo acaso el mas fre-  
 quente, el reconocerle por instrumento de  
 las mas estimables utilidades de sus al-  
 mas: lo publican los muchos, que, desde  
 la primera vez, q̄ hicieron los Exercicios cõ  
 la conducta del Padre, se impusieron ley  
 de repetirlos, como lo han executado,  
 todos los años con singular edificacion:  
 lo atestiguan muchissimos otros, que no  
 supieron separarse de su acertadissima di-  
 reccion, mientras le durò la vida, y aun  
 lloran haverla con su muerte perdido. Este  
 fue el ultimo empleo del Padre Joseph  
 Rufo, en el largo espacio de su vida: en  
 el se mantuvo aun en una ancianidad ve-  
 nerable de mas de 80. años, con el mi-  
 smo empeño, con que lo empezò, sin as-  
 pirar jamàs à algun descanso, ni admitir  
 algun alivio, aunque, como tan justa-  
 mente debido, se le ofreciò por los Supe-  
 riores, atentos à su merito, y deseosos de  
 conservar una vida tan preciosa, y ama-  
 ble. Solo pudo obligarle à dexarlo la ul-  
 tima enfermedad, que antes de acabarle,  
 le exercitò por tres años; y fue una opresiõ

de pecho vehementé ; que le obscureció la voz , le dificultò la pronunciacion , y le puso en imposibilidad de continuar su utilissima tarea ; pero aun exonerado del officio , no dexò su zelo. Apenas sabia , que alguna persona havia venido à hacer los exercicios , quando le visitaba ; le animaba con santas platicas à tenerlos con la mayor exactitud , y à pesar de su summa debilidad , la iba à acompañar en los ratos , que dexa para el descanso despues de comida , y cena la distribucion , hablándole de cosas santas , con que al mismo tiempo , que los recreaba , los llenaba de edificacion. El resto del tiempo en estos tres ultimos años , lo empleaba , ò en el Confessionario ; à que asistia quantas veces le llamaban las muchas personas , cuyas conciencias gobernaba , ò tratando con Dios en su Aposento.

**Sus Virtudes.**

En todo lo que hasta ahora he dicho en esta Carta , se pueden ver con mui poca reflexion , que se haga , las Virtudes del Padre Joseph Rufo en luz tan clara , que no puedan dexar de graduarse por altissimas , y eminentes. Pero sin embargo me parece preciso hablar con mayor expresion de algunas de ellas , bien , que pro-

testando, no harè mas, que apuntar algo de lo mucho, que pudiera decirse en cada una: y confesando abiertamente, que assi como en quanto he escrito hasta ahora, assi en lo que dixere, no es mi animo contravenir aun levissimamente à los Decretos de la Santa Sede, à quien venero reverente, y sugeto con la mas profunda submission, todo mi Espiritu.

Era en el Padre Joseph Rufo ardentissima la charidad para con su Dios. Ilustrado de una Fè vivissima de su presècia, en todo io buscaba con afectos de su corazon jamàs interrumpidos, solo deseaba su obsequio, en quanto emprendia; y parecia, que eran mas frequentes en su voluntad, los anhelos fervientes à su Magestad, que las respiraciones en su pecho. Vez ninguna le hablè, que no le notasse muchas, y mui tiernas, y devotas expressions, que casi sin libertad hacia, de amor al Señor, en unos suspiros, dulces su Amado, que no podian dexar de hacer impresion mui viva en quien le escuchaba. *Este Gran Dios: este Redemptor nuestro amabilissimo: Este perfectissimo Señor, à quien servimos: Esta Magestad soberana de nuestro Dios,* eran voces en sus conversaciones frequentissimas,

Su Charidad:

que al mismo tiempo, que los ardores, en que se abrasaba, declaraban la profundissima veneracion de su espíritu a Dios. Quando se creia en soledad, y sin arbitros, soltaba à su fervor las velas, y daba defahogo à su corazon en Jaculatorias tiernissimas, y pronunciadas con un afecto de tan rara energia, que à muchos, que, ó por acaso, ó por estudio de observarle sin ser notados, le escuchaban, sacaba las lagrymas de los ojos, no sin commocion mui grande de sus animos. Desde fuera de su Aposento se percebian muchissimas veces estos ècos de sus amores dulcissimos; y al entrar en él, se hallaba aquel hombre, todo posseido de Dios, encendido el rostro de un rubor notable, los ojos clavados en un Crucifixo, que siépre tenia sobre su Mesa, puestas las manos sobre la Carpeta, y bañadas en lagrymas: las mexillas. Pero quando celebraba el Sacrosanto Sacrificio de la Missa, entonces era, quando parecia del todo arrebatado de sí, y extatico de Amores. Parecia en la compostura exterior reverentissima, en la profundissima atencion, en lo devoto del tono, y exactissimo de todas las ceremonias Ecclesiasticas, que veia

con los ojos corporales à Dios, y que por ellos exhalaba en afectuosas lagrymas liquidado su corazon. Nadie le viò jamàs en el Altar, que no juzgasse en fuerza de su encendimiento de rostro, y de la devocion, que brillaba en todas sus acciones, y movimientos, que tenia presente, sacrificando, à un Varon Santo. Quantas veces le observamos en las Tribunas de la Iglesia, y de la Capilla interior de esta Casa inmoble, como si no viviesse, en una humillacion profundissima de su cuerpo, passar larguissimas horas, tan abstraido, que nada advertia, y tan empleado allà en el Cielo, que era menester tocarle, para que escuchasse, ò dexasse su ocupacion amorosa? Quantas, al entrar en su Aposento, se hallaba arrodillado ante el Crucifixo, en una suspension tan quieta, que bien manifestaba la calma de todos sus sentidos, y el reposo suavissimo en que estaba su espiritu? Quien le oyò jamàs al decir, segun nuestra costumbre, las Letanias de los Santos, que no se sintiesse excitado à devocion, aun con el mismo agraciado devotissimo tono, con que las decia? Quien pudo no advertir en el Padre Joseph, que imitador de su gran-

grande Patriarca San Ignacio, se immu-  
 raba visiblemente en qualquiera accion  
 de Religion para con Dios, y aun à  
 qualquiera vez, que se pronunciaba su  
 Sagrado nombre? Todos los que trata-  
 mos al Padre, somos testigos de quanto  
 he dicho, y es fuerza concluir, que sien-  
 do continua, sin interrupcion, todo el  
 dia su Oracion, y trato con Dios siempre  
 afectuoso, estaba en aumentos continuos  
 el fuego de charidad: y de este amor Santo  
 de que vivia, tenian su principio aque-  
 llas sus conversaciones siempre de Dios,  
 siempre edificativas, con que à todos com-  
 movia, y recreaba fructuosissimamente.  
 Del mismo nacia aquella indecible  
 promptitud, y conato, con que se apli-  
 caba à quanto creia ser de agrado, y glo-  
 ria de su Magestad, sin reparar jamàs, en  
 que fuesse el emplèo penoso, sin descaer  
 un punto, por mas que le experimen-  
 tasse dificil, y aun à veces superior à sus  
 fuerzas debilitadas con la ancianidad. De  
 aqui tambien una vehemencia de espiritu  
 inexplicable, con que hablaba, al decla-  
 rar el mal, que hay en el pecado, para po-  
 ner horror à èl, con que aterraba, y es-  
 tremecia à los que le escuchaban. De aqui

aquel zelo incansable, con que dentro, y fuera promovia la santificacion de las almas, sin perdonar à fatiga propria, y en todas las edades de su larga vida. De aqui aquella summa delicadeza de su conciencia, con que todos los dias, y muchos muchas veces, se confessaba, temiendo aun en una vida innocentissima, lo que sospechaba, que podia ser de algun desagrado de el Señor, à quien amaba. De aqui aquella rigidissima observancia, aun de los mas menudos apices de nuestras reglas, y constituciones perfectissimas, conservada en todos tiempos, y en todas ocupaciones con tal tenor, que jamàs se le pudo notar aun leve falta.

En esto està ya dicho, con quanta perfeccion aya guardado los Votos, que constituyen la essencia del Estado Religioso. De su pobreza se podria decir muchissimo. Nada tuvo para su uso, que no fuesse lo mas vil. Las sillas del Aposento, la mesa, los libros, todo era tal, que al Novicio mas escrupuloso pareciera, no ser capaz de usarse. Pero con quanto esmero los cuidaba, y conservaba, por no agraviar en nada à esta virtud, que respetaba como à Madre, y miraba como à muro

Observancia  
de Votos.

Pobreza.

firmisimo de la Compañia: Por mas de 36. años tuvo un juboncillo de pellejo de ningun precio, sin permitir, que se le diese otro, aun quando por el largo uso, y repetidos remiendos no estaba capaz de servir aun al mendigo mas infeliz. Nunca se pudo conseguir en esta Casa, que permitiese le hiciesen Sotana, Sobrerropa, ò Manteo nuevo. Si se le advertia, que no estaba decente el vestido, que traia, su respuesta siempre fue: *Para quien yo soy esto me sobra; y aun esto no merezco.* Si se le instaba, que era preciso hacer mudanza, jamàs condescendia hasta ofrecerle, que se le daria algun deshecho de otro. Confieso me sorprendi de pasmo, quando registrando algunos papeles, que se hallaron en su muerte, me rope una carta al Padre Geronymo de Hariza, Provincial de esta Provincia, cuyo contenido es la prueba mas authentica de la delicadeza del Padre Joseph en puntos de pobreza. Haviale, no se què persona, dado unas pocas libras de Chocolate, que el Padre recibì con licencia de su Superior. Tomòle en su Aposento, pero le fue mui amargo este cortissimo alivio. Oyò decir, que para esto era menester licencia de

45  
nuestro Padre General. Juzgò, que havia cometido una falta gravissima, y lleno de confusion tomò la pluma, y escribió al Padre, confessando con terminos de la mayor humildad, la que juzgaba gravissima culpa contra la Pobreza, y pidiendole, que le diese toda la penitencia, que quisiese, que estaba promprissimo, y deseoso de hacerla, para satisfacer lo que havia faltado en esta Virtud. Esto escribió un Anciano Venerable de mas de 70. años, despues de una vida laboriosissima, y utilissima, quando sobre sus crecidissimos meritos le hacian acreedor à los mayores alivios sus enfermedades. Parece justa mi admiracion al leerla: pero no lo es menos la que tuve, quando hallè conservada hasta su muerte, una aguja, que al salir de su casa le diò su buena Madre, para coferse, con los residuos de un ovillo de hilo, que no havia aun gastado. Por estos indicios se puede graduar la perfeccion de la pobreza de este Jesuita grande, y la podrán vocear la Sotana, que usaba, quando se reduxo con la enfermedad ultima à la cama, y que se conserva remitida à Trigueros, y entregada à la devocion de un

30  
Eclesiastico su gran venerador, guardada, como theforo del mayor precio, y las demàs piezas de sus vestiduras, que aun repartidas en pequeños pedazos, para dar satisfaccion à la devocion de muchos, se hallaràn con partes de los remiendos, estimables reliquias de su pobrissimo espiritu. Y estos vestidos, y una caja de palo mui vieja, fueron todo el espolio de la muerte del Padre Joseph Rufo. Tan poco tenia de la tierra, el que tanto suspiraba por el Cielo, y tenia tanto de Dios.

Su Castidad.

Como haya observado el Voto de la Castidad, se dice brevissimamente. Imitò la puridad Angelica, cumpliendo exactissimamente en esto, la ley, que nos prescribiò Nuestro Patriarcha Santissimo. No habrá, quien pueda con verdad decir, que levantò alguna vez los ojos, para mirar à persona de sexo diverso, ò tratandola fuera de casa, ò hablandola dentro de la Iglesia. No se hallarà alguno aun de los domesticos, que afirme, que el Padre Joseph le haya mirado fixamente al rostro. Era igual à su amabilidad su recato, y su modestia, indice seguro de un corazon limpio, aun de las especies del vicio contrario à esta celestial virtud. En quien

55  
possia tan de lleno el divino amor, no hallaban entrada aun las imaginaciones de deleytes feos.

De su Obediencia es fuerza decir, que fue quanta, y qual la pide en sus hijos, como caracter, que los distinga, nuestro Legislador Santissimo, Gran Doctor de perfectissima Obediencia. Obedecia en todo con promptissima execucion, de lo que se le ordenaba. Amaba todas las disposiciones de los que le eran Superiores, o tenian alguna sombra de authoridad, como cosas las de su mayor gusto. Un levissimo indicio de la voluntad del que le gobernaba, era suficiente à ponerle en movimiento velocissimo, para cumplirla sin la menor demora. Observè no pocas veces, que quando en las Consultas, à que asistia por su Oficio, el voto del Superior era diverso, del que havia el P. explicado, al punto le preferia, mudaba de sentimientos, y convenia con el dictamen, q̄ este declaraba, deponiendo el suyo. Sola una vez le vi representar modestissimamente, y con un encogimiento, que seria de pafmo en el Novicio mas humilde. Esta fue, quando reciénvenido yo à esta Casa le observè ir casi arrastrando à las distribuciones

Su Obedien-  
cia.

527  
de Letania, y otras de Comunidad, y  
baxar al Refectorio comun à cenar, y co-  
mer con grandissimo trabajo, y le orde-  
nè, que no asistièsse à ellas, señalando-  
le, quien le cuidasse en el Aposento en lo  
necesario à su sustento, y persona. No  
puedo acordarme sin commocion mui  
intima de mi animo, de la confusion, con  
que oyò este orden; de la afliccion, que  
manifestò, de que se atendièsse assi à un  
*bruto, para todo inutil, y solo apto para comer,*  
(que en tales voces bosò su humildissimo  
espíritu) y del conato, con que me procu-  
rò persuadir, que aun tenia espíritu, y  
fuerzas, para seguir en todo la Comuni-  
dad; pero con igual edificacion me acuer-  
do del rendimiento, con que al declarar-  
le, era conveniente, lo que le ordenaba, se  
sujetò, cobrò la paz de su semblante, y  
corazon perturbado, y jamàs, aun recla-  
mandole su inclinacion à las comunes  
observancias, abriò sus labios, para pe-  
dir cosa, contra lo que se le havia dispues-  
to. Pareceme tambien digno de saberse  
otro acto de Obediencia del Padre Rufo,  
que contiene algo de extraordinario, y es  
mui notorio aun despues de algunos años.  
Estaba la Comunidad de Antiguos de es-

ta Casa en dia de Récreacion de Campo en la Hacienda de San Ignacio de Miraflores. Quexòse el Hermano Labrador de una plaga de insectos numerosísima, que no podia contener ni cuidado, ni trabajo, y que arruinaba del todo los sembrados: y pidió, que algun Sacerdote la conjurasse. Al oírle el Padre Rector dixo, vaya à hacerlo el Padre Rufo. Quié al oírse nombrar, con aquel summo respeto, con que miraba en su Superior à Christo, aunque nunca havia usado los Exorcismos de la Iglesia, se levantò, y solo preguntò: Y donde quiere V. Reverencia, que arroje effos animalillos? Y respondiendole, que al camino; se fue promptamente à los sembrados, leyò el Exorcismo, y mandò, que todos se íaliesen al camino, segun la voluntad de su Superior. Fue cosa portentosa; al volverse à la tarde la Comunidad à casa, todos hallaron cubierto el camino de aquellos insectos, libres de todos ellos los sembrados, que se asseguraron, quedando en el sitio, que se les señalò por muchos dias, hasta que el trafico los consumió, testigos no menos de la obediencia promptísima del Padre Joseph, que de su viva fè, que así

se hizo obedecer. De este suceso hay aun muchos testigos.

Su Devocion  
a la Virgen.

Ilustraba el fondo de estas virtudes propias del Religioso, con el esplendor de una devocion fervorosissima à la Santissima Virgen Madre de Dios. Eran muchos, y quotidianos los obsequios, que practicaba à su culto, y que inspiraba con energia à quantos aconsejaba. Havia se obligado con Voto à rezarle todos los dias la Corona, y à ayunar todas las visperas de sus solemnidades. Hablaba de sus grandezas con una eloquencia afectuosa, que inspiraba su aprecio, y promovia su amor. Saludabala quantas veces veia alguna Imagen suya, con ternura, y confianza de hijo amantissimo, y se valia continuamente de su intercession, assi para conseguir la emmienda, y remedio de los pecados, que por alguna via llegaban à su noticia, como para impetrar para las muchas Personas, cuyas conciencias dirigia, las gracias del Señor, que juzgaba serles convenientes. Esta dulcissima Señora era el deposito de sus mas dulces afectos; el refugio, adonde recurria en sus ahogos, y el puerto, donde descansaba de todos sus trabajos, y fatigas, que por su medio  
ofre-

ofrecia à los pies de su Redemptor.

Su Devocion  
al Señor San  
Joseph.

No habria el Padre Joseph manifestado la fineza de su devocion à la Soberana Reina de los Angeles, si no la huviese acompañado con la de su amantissimo, y queridissimo Esposo el Patriarcha Señor San Joseph. Venerabale el Padre con singularissima ternura, y cordialissimo amor. Todos los dias le hacia varias veces obsequios de devocion, y ninguno dexaba de recrearse en la consideracion de sus gozos: practica, que procuraba comunicar à muchos, y para este fin tenia abundante provision de libritos de ellos, que repartia, encomendando su uso assi à los Jovenes nuestros, como à todos los externos, que podia. Quantas veces hallaba ocasion, introducía conversacion de la excelencia de sus prerrogativas, y eficacia de su Patrocinio: y con exemplos mui oportunos, que tenia preparados à este fin, excitaba con devota energia à procurarse su poderosa proteccion, por medio de su culto afectuoso, y constantemente practicado.

Para con nuestros Santos era summa su veneracion, y tiernissimo su amor. Este Varon esclarecido, à cuyos ojos to-  
dos

A nuestros  
Santos.

dos los Jesuitas sus Hermanos siempre eran buenos, y reputados por exemplares en su aprecio; que jamàs oia nombrar à alguno, sin que su corazon bostase en aquellas frequentissimas expresiones de estimacion, y alto concepto, que estabamos acostumbrados à escucharle, *ò el Padre N. es grande hombre, es excelente Jesuita, es un Santo*; quando se hablaba de los que veneramos sobre las aras, no hallaba voces, que le pareciesen suficientes à expresar la heroicidad de su Santidad. A proporcion de la estima, en que los tenia, era su sollicitud en venerarlos, y el amor, que les professaba. Preparabase, para solemnizar sus fiestas muchos dias antes, exercitando à honor suyo repetidos actos de varias virtudes, que se prescribia. A todos ayunaba por Voto las Vigilias de sus Fiestas, y quando por su edad de mas de 80. años, y actual enfermedad no podia hacerlo, no se juzgaba escusado de pedir al Superior, le commutasse en otra cosa, que le fuesse exequible, aquel obsequio. Se llenaba de una alegria summa al ver, que otros les mostrassen devocion, y amor; y por quantos arbitrios inventaba su zelo, se empeñaba en promoverla,

y extenderla. Hijo, sin duda, dignísimo de San Ignacio; hacia toda su gloria, la de su Santo Padre, y anhelaba à no desdecir; antes si representar en sus costumbres las heroicidades de virtudes de los Santos de la Compañia, que miraba como à sus Hermanos nobilísimos.

A estas virtudes del Padre Joseph Rufo, que no tanto he procurado describir, quanto apuntar solamente, mui lexos de toda amplificacion, me es preciso, dexadas otras muchas, en que podria dilatarme mucho, añadir su mortificacion, penitencia, y odio santo de si mismo. Eminente en todas, en estas parece haver excedido se à si mismo. Cumplia exactísimamente aquella difícil Regla, que nos dexò San Ignacio, de procurar la mortificacion continua en todas las cosas posibles. Soi testigo, y pueden serlo muchos, de que jamàs el Padre Rufo estaba sin actual mortificacion. Nunca le vi arrimarse al respaldo del asiento, en que estaba: muchas veces le observè tener de proposito por mucho tiempo, suspenso disimuladamente en el aire un pie, para tolerar, compañera de otras, tambien esta violencia. No me acuerdo haverlo visto aun

Su Mortificacion, y Humildad.

una vez apartar la molestia de las moscas, ò mosquitos, que suelen ocasionar penalidad tan pesada. Expuesto por la particular constitucion de sus humores, y la pobreza de su vestido à una plaga de molestisimos animalejos, que le consumia, nunca se quejó, ni dió alguna muestra de sentirlos. Y en esto, no se si se hallará exemplo semejante, al que voi à referir. Estando en el Colegio de Trigueros summamente ocupado, y sin otro recurso, se vió obligado à embiar à una persona de fuera su jubon, para que lo remendasse. Iba del todo cubierto de estos insectos atquerosos; pero el Padre pidió, que no se los quitasse, por no carecer de aquella mortificacion, y con la advertencia, de encargar, que à nadie lo dixesse, para que fuesse mas oculto su sufrimiento. Por esto poco puede colegirse, quanta solitud tenia este portentoso Jesuita de su propia mortificacion.

En una vida, qual la he procurado significar, siépre inculpable, y arregladissima, el humildisimo Padre se tenia en reputacion, y concepto de grandisimo peccador, se miraba à si mismo con horror, y lo manifestaba, quando creia poderian

59

drian atribuirlo , no à humildad, sino à conocimiento verdadero de si mismo , llamandose hombre abominable; carga insufrible de la Compañia; para todo inutil , y digno de los desprecios de todos. A este concepto baxissimo de si mismo correspondia el odio santo, con que se trataba. Parecia se havia puesto ley de no hacer jamàs paces con su cuerpo , y de atormentarle quanto pudiesse tolerar sin acabarle. Bien puedo decir sin exageracion , que renovò en nuestros dias el Padre Joseph Rufo los rigores espantosos de la Thebaida, y de la Nitria. Desde sus primeros años en la Religion , hasta los quatro antes de su muerte, todos los dias se ceñia estrechamente los muslos, los brazos , y el cuerpo , con unos cilicios de hierro , sembrados de agudas puntas, tales, que quando quebrantados, por haver servido mucho, fue menester darlos à componer, causaron horror, è hicieron dudar como los podia tolerar un cuerpo humano. Pero los toleraba, y todos los dias, este penitentissimo Jesuita; y no contento con ellos, les sobreponia un saco tejido de bronquissimas cerdas , que yo mismo , siendo Novicio , le vi muchas veces. Por mas, que la pretendiesse ocultar , era manifiesta à todos esta piadosa tyrania , que el fervorossimo Padre executaba consigo mismo , porque à su pesar la voceaba lo impedido , y tarde

de sus movimientos, y el anhelo de sus respiraciones, causando en todos sentimientos de compasion su vista. A la aspereza de sus cilicios, solo pudo igualar la severidad de sus disciplinas. Eran estas todos los dias, y muchos mas de tres veces. Ya dixere, que en varios Collegios, el ruidoso estruendo de los golpes havia à deshoras de la noche causado horror, y affombro à los que los escuchaban. Puedo añadir, que persona de caracter, que vino à hacer Exercicios à esta Casa, y tuvo quarto no lexos del del P. dixo, deseaba se acabasse el tiempo de ellos; porque no podia sufrir el horror, que le causaban los golpes, con que se ensangrentaba el P. Rufo. Vive aun sugeto, que de pone, que haviendo por cierta urgencia buscado en su Aposento al P. y no respondiendole, se entrò hasta su alcoba, y le hallò hincado de rodillas con la espalda hecha un mar de sangre, la disciplina en la mano, y tan del todo fuera de si, ò por desmayo, ò por arrebatamiento, que nada oyò, no observò, que huviesse abierto el Aposento; ni supo, que le huviesse visto en tan lastimosa, quanto edificativa situacion. Nunca acabaria, si huviesse de descender à todos los rigores de este genero, q̄ practicò consigo este penitentissimo Jesuita; pero si debo añadir, que el lecho de su descanso era una estera bastissima, que le vieron muchos sobre la cama, ò el duro suelo, don-

de le hallaron tambien en ocasiones , que ordenò la Providencia , para que no quedassen ocultos estos rigores. Pero lo que à mi me llena de estupor, es la constancia, con que los practicò, hasta que absolutamente le mandè, que nada hiciefse, recién venido à esta casa, pareciendome, que era debido à la grande edificacion , que con su vida exemplarissima interessaba esta comunidad, procurar no la acabasse de consumir con sus rigores. Hizome repetidas instancias , porque le dexasse estàr à su costumbre: pero manteniendome en el orden dado , no se quietaron sus ansias por su martyrio: recurriò al P. Provincial, que entonces gobernaba la Provincia, que exòse de la piedad, con que le miraba su P. Rector, usò todo su artificio, para exagerar la necesidad, que tenia de Penitencias, y rogò con instancia, que se le restituyessen, bien que sin otro efecto, que su getarle, à lo que yo le permitiesse. Como puede no causar palmo este conato en un anciano de mas de 80. años, y lleno de enfermedades capaces de rendirle, como con efecto lo hicieron , à el golpe de la muerte?

Agravòle el Asthma, que los ultimos años le havia à temporadas puesto varias veces à riesgo; debilitaronsele las fuerzas, y se reduxo à la cama, donde por algun tiempo padeciò summa dificultad en la respiracion, y casi total impossi-

Sus  
muer-  
te, y  
Exe-  
quias.

bili.

bilidad de moverse. En estado, que à todos nos causaba intimos sentimientos de compasión, solo el P. estaba siempre alegre, siempre dispuesto à recibir las visitas charitativas de sus Hermanos, y sin q̄ en quâta molestia padeciò, se le oyese otras palabras, que gracias à Dios; bendito sea el Señor. Recibiò con summa ternura de su corazon el Santissimo Viatico, preparado antes con una confession general de toda su vida; y despues varias veces por devocion. Dixo muchas veces, se llegaba su muerte, y à los Hermanos Novicios, que la ultima noche fueron à tenerle quiete, dixo, que ya no era menester volviessen mas, en lo que indicò saber estaba proximo su fallecimiento, que fue el dia siguiente, entre tiernissimos coloquios con su Dios, con la Santissima Virgen Nuestra Señora, y nuestros Santos, con una apacibilidad, que lexos de todo horror, causò à todos los presentes devocion, è invidia santa, deseando todos una muerte semejante, en que ninguna señal faltaba, que contribuyesse à calificarla de preciosa, qual lo es la de los Justos.

Apenas nuestra Campana la publicò, quando concurrieron personas de todas classes à ver, al que tenian por Santo. Ninguna de las muchas de alta Gerarquia, que vinieron à condolerse de la pèrdida, q̄ acababamos de padecer, dexò de explicar el alto aprecio, y sublime concepto, que

renia de la santidad del Difunto, difundiendo-  
 se cada uno en los elogios de las virtudes, en que  
 le parecia havia brillado mas. Todo el tiempo,  
 que el Cadaver estuvo expuesto, no cessaron las  
 piadosas ansias de una innumerable multitud de  
 personas, que le querian ver. Este concurso aun  
 fue mayor, quando el dia siguiente se le hizo el  
 Funeral, que fue con todo aquel aparato, que  
 permite nuestra moderacion, costeando la Musi-  
 ca, y cera un devoto Penitente del P. que quiso  
 manifestar en esto el amor, que le tenia. Pero  
 quando llegò el tiempo de dar à la tierra aquel  
 Cuerpo, que havia sido deposito de tan noble  
 Alma, no puedo yo explicar la commocion, de  
 que fui testigo. Arrojaronse al Feretro personas  
 de la mayor distincion, Seculares, Eclesiasticos,  
 Nobles, gètes del Pueblo, todos procurádo con el  
 hurto de alguna partecita del vestido enrique-  
 cer, como con reliquia de mucho precio su devo-  
 cion. Un Sacerdote venerable le quitò los zapa-  
 tos: otro Jesuita ( lo que es digno de mucha no-  
 ta) mui distinguido, el Bonete, y todos lo que pu-  
 dieron, contentísimos de haver logrado algo.  
 Luego que llegò à la noble Villa de Trigueros la  
 noticia de la muerte de su comun benefactor,  
 decretaron el Cabildo secular, y la ilustre Clere-  
 cia hacerle honras en nuestro Colegio, lo que  
 executaron con quanta solemnidad les fue  
 possi-

posible, llamandole Padre comun de su Patria, y llorando todos su perdida con afectos de buenos hijos. De quantas cosas se hallaron del Padre, ha sido menester valerse, para satisfacer los deseos de los muchos, que pedian algo.

Esto es lo que he juzgado decir para comun edificacion de las virtudes del P. Joseph Rufo, dexando algunas cosas, q̄ se refieren con visos de Prophecias, y conocimiento de cosas ocultas, è interiores, porque estas no conducen à la imitacion, ni son necessarias, para que los que no tuvieron la suerte de conocerle, puedan formar el alto aprecio, que se debe à la virtud de este Penitentissimo, fervorosissimo, y siempre observantissimo Jesuita, que assi como juzgo, es dignissimo de ser contado en el numero de los Varones esclarecidos, que son honor de nuestra Provincia; assi debo confessar, es digno de mas copiosa historia, y pluma mas bien cortada. En las Oraciones de V. R. mucho me encomiendo. Sevilla, y Agosto 9, de 1755.

Mui Siervo de V. R.

JHS.

*Manuel Marcelino de Sylva.*

---

Con licencia: En Sevilla, por Joseph Padrino, en calle Genova.